

DESTINO... POR ISABELITA RUIZ



18

BIBLIOTECA PERLA
PUBLICACION QUINCENAL

60

ROUSSELL, Henry



DESTINO...
(DESTINÉE, 1925)

80
22
10
15
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

BIBLIOTECA PERLA

DESTINO...

VERSIÓN LINGÜÍSTICA DE LA PELÍCULA
DEL MISMO TÍTULO, MAGISTRALMENTE
INTERPRETADA POR LA BELLÍSIMA
-- -- ARTISTA ESPAÑOLA -- --

ISABELITA RUIZ

FOR

AGUSTÍN PIRACÉS



EXCLUSIVA

MODESTO PASCÓ

RAMBLA CATALUÑA 62 - BARCELONA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN : PARÍS, 204 - BARCELONA



DESTINO...

I

La Revolución Francesa se hallaba en su período de decadencia. Habían pasado, dejando tras ellos una estela sangrienta, los días rojos del Terror, y la muchedumbre parisina, que iba, poco a poco, recobrando la calma que consigo había traído la pacificación de los espíritus, sólo pensaba en divertirse y gozar de la vida, enardecida por el latigazo del sol estival.

En todas partes, lo mismo en los salones aristocráticos que en la abigarrada democracia de las plazas públicas, Su Majestad Terpsícore tenía su trono, y en el Jardín de la Igualdad, llamado antes de la Revolución el Jardín del Palacio Real, bullía una multitud ansiosa de alegría y olvido a las trágicas jor-

nadas pasadas, una multitud en la que ponían una nota, un poco grotesca, las *merveilleuses* y los petimetres.

Corrían los días del mes Fructidor del año III de la República (agosto de 1795), y los jóvenes realistas no se recataban de hablar en alta voz de política, conspirando a la luz del día.

En medio de aquella sociedad frívola, que quería por todos los medios alejar de su mente el recuerdo de la tormenta de 1793, encarnado en la trágica silueta de la guillotina, el travieso Cupido, más ciego que nunca, lanzaba sus flechas al azar.

Una figura destacaba entre la general uniformidad; era la de una belleza meridional, de ojos ardientes y risa que sonaba a cascabeleo de campanillas de plata. Llamábase Flora Alfina, era napolitana y, sin saber ni una palabra de francés, vivía en París hacía algún tiempo, ganando su sustento como modelo en el estudio de David, el pintor de moda.

A su lado siempre, contemplándose a todas horas con apasionado arrobamiento, estaba siempre su hermano de leche Carlos Strabini, emigrado político, que, a fin de poder asegurar sus medios de vida en la capital francesa, habíase improvisado escultor y modelador.

— Flora... — repetía a cada instante Strabini — siento vergüenza al pensar que te amo más que a mi madre... más que a mi patria... ¿Por qué no quieres corresponder a mi amor? ¿Por qué te ríes mientras mi corazón sangra?



En un rincón del estudio arullábase tiernamente una pareja,
sin recatarse ante la concurrencia...

— Carlos, por Dios — respondía la hermosa italiana, — sóségate... ¿Cómo no he de quererte, a ti, a mi hermano de leche, que siempre ha sido tan bueno conmigo?

Mas Carlos no se daba por satisfecho con aquella ambigua respuesta, y en su alma ingenua adivinaba, implacable, el eterno fantasma de los celos...

* * *

Ocultándose al bullicio popular, una amante pareja que se reunía con frecuencia en el estudio de David, se juraba eterno cariño. Ella era una modistilla vivaracha y risueña, llamada Pamela Igualdad, tan extraordinariamente patriota, que no había vacilado, al triunfar la Revolución, en cambiar sus nombres y apellidos por otros alusivos al nuevo estado de cosas. El era Leonardo Gauthier, Capitán de Dragones de la República.

— ¿Ves? — repetía Carlos dirigiéndose a Flora. — ¿Ves cómo se quieren esos dos? Son como nosotros... Jóvenes, animosos, llenos de fe en ellos mismos y de confianza en el porvenir... ¿Por qué no te decides a ser mi esposa, Madona mía? También nosotros podríamos ser felices igual que ellos...

Flora contempló a Strabini con dulce mirada... Como se accede al capricho de un niño exigente, contestó:

— Nos casaremos, puesto que tú lo quieres, Carlos... Viviremos al lado de tu madre, que es la mía... ¿Por qué habríamos de separarnos, verdad?

Aquel dulce ensueño de amor que Carlos veía ya realizado vióse turbado por un acontecimiento inesperado, que debía cambiar radicalmente el curso de aquellas dos accidentadas vidas.

Cierta mañana en que ambos jóvenes se dirigían al estudio de David, Flora para posar ante el famoso pintor, y Carlos para modelar el barro, observaron que un individuo les seguía con insistencia.

— ¡Sin duda este hombre es un policía! — dijo Carlos. — Sigue tú por la derecha y yo por la izquierda, y ya nos encontraremos en casa de David.

El individuo que seguía a Flora era uno de los más perfectos petimetres de la época. Llamábase Rolando de l'anglas Hardy, Marqués de Reufize en tiempos de la monarquía, emigrado al extranjero en los días del Terror, y que había regresado a su patria cuando la tolerancia empezaba a tender sobre los hombres y las ideas su manto piadoso.

Flora llegó sofocadísima a casa del pintor, en donde se había reunido una selecta concurrencia. Allí estaba la ciudadana Tallien, una de las mujeres más brillantes de la época. Su ingenio, su belleza y su actividad en las lides políticas eran las armas que esgrimía para ejercer en la República una especie de dictadura.

A la Tallien la acompañaba, como hacía casi



Napoleón estaba posando ante el pincel de David, que reproducía sabiamente en el lienzo su perfil de águila...

siempre, Josefina de la Pagerie, viuda del Vizconde de Beauharnais, general guillotinado durante las macabras jornadas del Terror. Las dos sabían combinar de tal modo sus encantos, que la belleza llamativa de la Tallien hacía resaltar la suave hermosura de Josefina.

El sexo íeo estaba representado por cuatro personajes, uno de los cuales no había adquirido todavía la gloria que le valió ser llamado con justicia

en los anales de la Historia, el primer hombre del mundo.

Erán ellos el ciudadano Barras, miembro importante de la Convención, para quien las riendas del Gobierno eran de seda en lugar de ser de cuero; Tallien, también elemento poderoso de aquel organismo, cuya situación debía en gran parte a la belleza y a las intrigas de su esposa; el célebre actor Talma y un General, obscuro hasta entonces a pesar de las pruebas de talento y valentía que había dado a la nación y a la República: Napoleón Bonaparte.

Este último estaba posando ante David.

Os suplico — dijo el pintor a las damas — que me dispenséis un instante... Estoy terminando el perfil de águila de un militar desconocido y muy poco cortés...

Flora, entretanto, al ver que Rolando había entrado en la casa le apostrofaba en su idioma, único que conocía:

— *Voi offendete una ragazza onesta, se voi la trattate come una donna che si segue nella strada...*

— ¿Qué diablo de jerigonza habla esa muchacha? — interrumpió Rolando al oír a la muchacha expresarse en aquellos términos.

— *In Italia si dice: chi corre dietro la ragazza oggi i domani, inabile a impastare la farina... ¡E si spara in terra!*

— Pero ¡por Baco! — exclamó el petimetre sin poderse contener. — ¿Qué es lo que dice esa linda zagala?

El general Bonaparte avanzó unos pasos y contemplando a Rolando con severidad, le contestó:

— Dices, ciudadano, que en Italia (y creo que en todas partes) el que se dedica a perseguir a las mujeres en la calle, es... es un individuo que no sirve para nada.

Barras escuchaba con interés a Napoleón. Tallien preguntó en voz baja a su compañero:

— ¿Y quién es ese hombre que con tanta insolencia se permite hablar?

Se llama Napoleón Bonaparte... — repuso Barras. — Es un generalillo maltratado por la suerte... Hasta en prisión ha estado por sospechoso. Todas estas contrariedades han agriado un poco su carácter...

No era sólo lo que había dicho Barras la causa del eterno descontento de Bonaparte. La belleza de Josefina había hecho mella en su espíritu, y Napoleón, absorbido por las fatigas y la rudeza de las campañas en que había tomado parte, no dominaba la difícil ciencia del disimulo... Estaba enfermo de mal de amor, y esto le hacía aumentar su ya inségnita irritabilidad.

Rolando, entretanto, intentaba justificarse.

— Yo no voy contra ella, sino contra un individuo que la acompañaba... Es un italiano sospechoso que se ha refugiado aquí. Voy a ver si me entiendo con la muchacha por medio de un diccionario...

En la biblioteca, David halló uno, que entregó a

Rolando. Este empezó a hojearlo, y, acercándose a Flora, le dijo:

— Dispensa... scusi... Yo soy un imbécil... un-
becille...

— *Signor soldato...* — dijo entonces Flora que no entendía de jerarquías militares dirigiéndose a Bonaparte — *che vuol finalmente questo brutto diavolo che ci perseguita senza tregua mi fratello ed io?*

Napoleón se acercó a Barras.

Barras — le dijo — ordenad que dejen de molestar a estos muchachos... No temáis que traicionen a Francia... Yo respondo de ellos.

— Concedido — repuso Barras.

— Es al ciudadano Barras a quien debéis dar las gracias — murmuró Bonaparte dirigiéndose a Flora y a Carlos que le contemplaban mostrándole el agradecimiento con su mirada.

— ¡Pobre Bonaparte! — siguió diciendo Barras a Tallien en voz baja. — Me da pena ver como en su patria le consideran todos igual que un extranjero! Está tan descorazonado, que me ha pedido autorización para ir a poner su ciencia militar al servicio de la artillería turca...

El General se había reunido con Rolando y Flora.

— Si gustáis, ciudadano Reufize — le dijo — podéis darle diariamente lecciones de francés en mi casa a esta linda joven... Así tendréis ocasión de haceros perdonar por ella...

— Si ella acepta, con muchísimo gusto — repuso

Rolando. — Y, dirigiéndose a la muchacha, añadió: — ¡El joven que te acompañaba es tu marido... marido?

— ¡No! — repuso Flora. — *Fratello di latte!*

— ¡Ah! Magnífico, superior! — exclamó Rolando riendo, ganado ya por la simpatía ingenua de la bella italiana. — *Fratello di latte...* hermano de leche...

Carlos Strabini creyó llegado el momento de intervenir.

Los extranjeros que viven como tiranos en mi patria — dijo con vehemencia — fusilaron a mi pobre padre... Entonces, para no correr la misma suerte, hui de Italia con mi madre y con Flora...

Me has hablado de Flora con apasionamiento — preguntó Rolando. — ¿Qué representa en tu vida?

— ¡Italia, mi madre y Flora! — exclamó Strabini. — ¡Esos son mis tres grandes amores!

Bonaparte, que hasta entonces había callado, dijo:

— Siempre será Italia una de mis dos patrias... ¡Y me causa tanto dolor verla en poder de los austriacos!

— Si aquí se escuchase mi voz, sería ayudada murmuró la bella napolitana. — Pero por desgracia, yo no soy nadie, Carlos... ¡No soy nadie!

Leonardo Gauthier, en aquel momento, se acercaba a Napoleón.

General Bonaparte — le dijo. — Deseo pe-

diros autorización para casarme con mi novia Pamela Igualdad... patriota... ¡y modista!

El General hizo un gesto de contrariedad. Volvióse hacia Talma y, cogiéndole del brazo para marcharse con él, le dijo:

— Hoy no he oído hablar más que de amor... Dime, Talma, ¿en qué consiste esa estúpida enfermedad? Tú, que tan bien la sabes fingir en el teatro, dime en qué consiste...



II

Algunas semanas después de los acontecimientos que hemos narrado en el capítulo anterior, en los lujosísimos salones de Madame Tallien se reunía lo más selecto del *tout Paris*. Allí acudió también Bonaparte, no porque fuera aficionado a las fiestas mundanas ni hallase en ellas diversión alguna, sino porque para él, la belleza de Josefina de la Pagerie seguía siendo lo más interesante de la sociedad que frecuentaba.

En verdad, amigos — dijo uno de los circunstantes, admirado de ver como en los salones elegantes se volvía lentamente a la etiqueta ceremoniosa de las reverencias y los saludos, al principio desterrados por la Revolución — que si la corteza llegase a desaparecer, sería necesario ir a buscar entre la cultísima oficialidad de nuestro ejército...

Barras, que escuchaba aquellas palabras, intervino en la conversación.

— Seamos francos, señores — dijo. — La hora es sumamente grave para la Convención. Aparte de las luchas en el extranjero, las audacias realistas se están convirtiendo en verdadera amenaza. He sido nombrado General en Jefe del Interior, y en vano tiendo la mirada en derredor de mí buscando los jefes entusiastas que pueden secundar mi labor... ¡Ah! A propósito... Perdonenme un momento... Ahí veo al general Bonaparte, a quien he de dar una buena nueva para él... ¡Hasta luego!

Barras fué en busca de Napoleón, que permanecía solo en un rincón de la sala, y, dándole familiarmente una palmada en la espalda, le dijo:

— Os he conseguido la autorización que me pedisteis para ir a reorganizar la artillería turca. Buen viaje, Bonaparte!

Dió las gracias el que entonces era todavía obscuro General de la República y, llamando a Josefina, le dijo:

Mañana me voy, quizá para siempre... ¿No os apiadaréis del pobre desterrado, dándole siquiera una esperanza de amor?...

Josefina contestó, como hacía siempre, con una evasiva... Napoleón, melancólico, dolorido, alejose de ella...

— ¡Pobre Bonaparte! — pensó Leonardo, que se hallaba allí presente y le estaba contemplando hacia



Algunos veces, Raufiz cogió suavemente la diestra de Flora con vehemencia...

rato. — ¡Está enfermo de amor, como un alférez!... Voy a ver si le distraigo un poco...

Encaminóse a su encuentro y le saludó afectuosamente.

— ¿Por qué estáis tan melancólico, General? — le preguntó.

Bonaparte no dijo una palabra, contentándose con encogerse de hombros, aparentando un estado de indiferencia.

Venid a ver los progresos que hace vuestra

protegida italiana bajo la dirección de Rolando... Ya habla correctamente el francés y empieza a escribirlo con soltura.

Napoleón accedió. En efecto, en una salita de casa de Madame Tallien se encontraban Flora y Renfize. Este iba dictando a la muchacha, cuya mano, inhábil muchas veces, no acertaba a expresar lo que le decía Rolando. Este, entonces, le cogía suavemente la mano, corrigiendo su error con una vehemencia más propia de un enamorado que de un maestro.

— A ver... A ver... — dijo el General.

Flora entregó una hoja de papel a Bonaparte, que éste leyó rápidamente. Sus mejillas enrojecieron de ira y sus ojos centellearon como si un relámpago le hubiese reflejado el cerebro.

He aquí, en efecto, lo que acababa de leer:

«Odio a los hombres que llevan las naciones a luchas fratricidas y amo a los que buscan en la paz la felicidad de las naciones...»

Tracundo, cogió la pluma, tachó unas palabras, escribió encima otras y devolvió el pliego de papel a Flora, que, temblorosa y creyendo haber cometido una imperdonable falta, no sabía con qué palabras excusarse ni qué partido tomar. A hurtadillas, no obstante, vió que el General había corregido su escrito en la siguiente forma:

«Odio a los hombres que con indolencia dejan decaer el espíritu de las naciones y amo a los que

saben hacerlas grandes y fuertes con el talento de sus cerebros y la fuerza de sus armas.»

— ¡Todo ciudadano que piense de otra manera — gritó Bonaparte — es indigno de llamarse francés!

El eco de su voz, enérgica y autoritaria, había llegado hasta la sala de fiestas, provocando algunas protestas.

— ¿Con qué derecho — preguntaron algunos — viene ese generalillo a darnos lecciones de patriotismo?

Napoleón abandonó la estancia en donde Flora y Rolando estaban dando lección y, encarándose con los protestatarios, replicó:

— ¿Con el derecho, galantes petimetres, que me dan aquellos que, vestidos de harapos, sin pan ni zapatos, defienden la patria traicionada por vosotros y por los vuestros!

Toda la atención se había concentrado en las palabras del General. Barras, desde un extremo de la sala, procuraba no perder ni una sílaba de sus palabras. Napoleón continuaba diciendo:

— ¡Con el derecho de todos los ciudadanos que siguen siendo pobres, que sufren y tienen hambre, mientras vosotros, enriquecidos de última hora, alardeáis de viciosos y lucís insolentemente vuestras galas ridículas!

Un escalofrío de admiración ante aquellas enérgicas y nobles palabras.

— Pecaron mucho, es verdad, los hombres de

la Revolución — añadió el General — pero al verlos ultrajados por vosotros, enanos afeminados, olvido sus faltas y los veo más grandes aún de lo que son, como si vuestras sátiras hiciesen de ellos gigantes en vez de hombres...

Rolando, avergonzado de las ideas que había procurado imbuir en el espíritu de Flora, había abandonado la estancia en que daba lección a la muchacha y, mirando frente a frente a Bonaparte, le dijo :

— General : yo era Oficial en el Ejército del Rey... Aceptadme como soldado en el Ejército de la República.

— Presentad vuestra solicitud a la Convención — repuso Bonaparte. — Yo la apoyaré.

Barras, que hasta aquel momento no había pronunciado una palabra, avanzó unos pasos, puso la diestra sobre el hombro de Napoleón y le dijo :

— Bonaparte : la Convención está en peligro, y con ella toda la obra de los hombres de la Revolución... ¿Queréis ayudarme a defenderla?

— ¡Símprel!

Se os presentan dos caminos : el uno, el mando supremo bajo una bandera extranjera... el otro... ¡un puesto secundario bajo la bandera tricolor!

— ¡Ya he elegido! — contestó Bonaparte.

— General — dijo entonces Barras — en este momento solemne os nombro Jefe de mi Estado Mayor.



General — dijo Barras a Bonaparte — desde este momento os nombro Jefe de mi Estado Mayor

— ¡Gracias! ¡Viva la Convención!

Barras, lleno de entusiasmo, le abrazó, gritando :

— ¡Viva la República, una e indivisible, ciudadanos!





III

Cuando Rolando de Fanglas volvió al cuarto en donde estaba dando su interrumpida lección a Flora, ésta, que había escuchado su conversación con Bonaparte, le preguntó, visiblemente entristecida:

— ¿De modo que os hacéis soldado?... Entonces... tendréis que partir pronto, ¿verdad?

— Sí... Flora...

— ¡Oh! ¿Por qué os vais?... Me gusta tanto escucharos... Estar a vuestro lado...

— Quizá no sea necesario que nos separemos, Flora... En muchas ocasiones, se permite a los soldados que vayan acompañados de sus esposas...

— No es posible, Rolando. Yo no puedo llegar a serlo nunca. Mi corazón pertenece a Carlos y a su madre. A su lado me crié y debo corresponder a su amor, so pena de cometer un imperdonable pecado de ingratitud.

Melancólico, pues la llama del amor había prendido ya en el corazón del aristócrata para no apagarse nunca más, despidióse Rolando de su bella discípula, que emprendió el regreso a su casa.

Allí, muy contento, esperábale Strabini.

— Flora — le dijo — he encontrado a un sacerdote italiano, que podrá casarnos en seguida... Así verá realizado el sueño de mi vida... Recuerda tu promesa, Flora...

Sí... es cierto... — murmuró la muchacha, visiblemente desconcertada por las vehemencias de Carlos. Pero, ¿no te parece que sería mejor esperar?... No tenemos ninguna prisa...

— ¿Acaso piensas volverte atrás, Flora? — exclamó Strabini. — Recuerda tu promesa. (Si tú supieras con qué ansia espero este momento; mi linda Madona!)

— ¡Te digo que es preferible esperar, Carlos!

Ante aquella evasiva, Strabini se encolerizó.

— ¿Entonces — preguntó — es cierto lo que yo sospechaba?... ¿Amas a ese francés maldito? ¡Habla! ¡Habla! ¡Dime la verdad!

— ¡No, no! ¡Eso es una calumnia!

Al oír aquellas palabras, Carlos recobró un tanto su perdida calma, pero no pudo menos que proferir una amenaza:

— ¡Si de veras estuvieras enamorada de otro, Flora... pobre de mí... pobres de nosotros!

Entretanto, la obra de los conspiradores realistas

iba cristalizando en un movimiento sedicioso que estalló el 13 Vendimiario del año III (octubre de 1795). Las turbas se lanzaron a la calle, amenazando destruir el edificio todavía frágil de la Revolución.

Barras no estaba ni mucho menos desprevénido. Había tomado sus disposiciones para que el llamado ejército de París estuviera dispuesto, bajo las órdenes de un General casi desconocido todavía: Napoleón Bonaparte.

En el gran libro del Destino se iba a escribir la primera página de una vida que había de asombrar al mundo, como la vida de un Dios.

Bonaparte distribuyó la artillería en los lugares estratégicos, y cuando las turbas amenazaban arrollar a la tropa, gracias a su fuerza numérica, el General en persona distribuyó las órdenes:

— Que apunten los cañones, pero *por encima del populacho*.

A las cinco de la tarde de aquel mismo día, casi sin efusión de sangre, merced al humanitario ardid de Napoleón, que odiaba las luchas fratricidas, pero deseaba mantener la República en toda su integridad, el triunfo de las tropas gubernamentales era completo y en la época gloriosa de la vida de Napoleón Bonaparte se señalaba su primera victoria.

— ¡La República se ha salvado, amigos míos! — dijo el General cuando llegó a presencia de los miembros de la Convención. — Las bandas amotinadas están vencidas, o, mejor dicho, pacificadas.

Barras le abrazó, lleno de satisfacción y de alegría.

— Mañana todos los ciudadanos franceses conocerán vuestro nombre, Napoleón Bonaparte — le dijo.

Fué el punto de partida de la fulminante carrera de Napoleón. Medio año más tarde, el día 11 de marzo de 1796, había visto triunfar su nombre y satisfecho las ansias de su corazón. Desposado ya con Josefina de la Pagerie, salía de París para Niza a ocupar su puesto como General en Jefe del ejército de Italia, campaña que debía llenarle de gloria.

En el momento en que se despedía de su esposa, un grupo de ciudadanos, casi todos ellos astruos, míseros, sucios, se le acercó. Al frente de ellos iba Carlos Strabini.

— General — díjole éste — vos comprendéis nuestra lengua y nuestra alma... Haced que el Directorio expida los pasaportes a todos los patriotas italianos. Queremos ayudaros a libertar a nuestro querido país, que gime hoy todavía bajo el yugo de los austriacos...

— Se os darán los pasaportes, italianos — respondió Bonaparte. — Id a decir a vuestros amigos, a vuestros hermanos, que los franceses, lejos de ser sus enemigos, les ayudarán bien pronto a conseguir la independencia de su bella patria.

Aquella misma tarde fueron facilitados los pasaportes a todos los italianos residentes en París. Carlos fué a llevar la nueva a Flora.

— Flora... Florineta mía... — le dijo. — ¡Podemos volver a Italia y reunirnos de nuevo con nuestra madre! ¡Verdad que ahora que regresaremos a nuestra patria accederás por fin a casarte conmigo y hacer que, de una vez, terminen mis penas?

— Sí... Carlos... — repuso Flora con tono forzado.

— ¿Por qué tardas tanto a llevar la alegría y la dicha a mi corazón, Flora mía? — repitió Carlos. — ¿No será porque sigues amando al otro?

— No, hombre, no... Aleja esas ideas tristes de tu pensamiento... Ya sabes que te pertenezco y que no puedo ser de nadie sino tuya... pero ahora, no... Todavía no...

Y Flora Alfina, en aquel momento no pudo substraer su espíritu al recuerdo de Rolando, que, alistado en los ejércitos de la Revolución, iba a partir dentro de pocas horas, quizá para no volver más...

Cuando anocheció, aprovechando una corta ausencia de Strabini, la muchacha corrió en busca del ex Marqués de Reufize.

— ¡Flora! — dijo éste, lleno de alegría, así que la hubo reconocido.

— Ya sé que cometo una falta muy grande hablando con vos, Rolando... — murmuró la hermosa napolitana. — Pero debéis partir para la guerra y, en estos momentos de peligro, no he podido olvidarme del que ha sido para mí el amigo bueno y cariñoso a quien tantos favores debo...

Quitóse una crucecita que pendía de su cuello, prendida a una finísima cadena de oro y, entregándola a Reufize, le dijo:

— Tomad esta cruz... Ría de mi madre... La Santa Madona os protegerá...

Tomóla Rolando, lleno de emoción por el acto piadoso de la muchacha, y, estrechando la joya contra el corazón, repuso:

— Nosotros libertaremos a tu país, Flora... y cuando, triunfantes, regresemos a nuestros hogares...

En los bellos ojos de Flora pintóse una expresión de angustia.

— Entonces — añadió el joven soldado — espero que podrá realizarse el sueño de amor que durante tanto tiempo he acariciado...

— No hay que pensar en eso, Rolando — repuso Flora dando a su voz un impensado tono de gravedad.

— Si alguna vez nos volvemos a ver, yo ya estaré casada... ¡Addio, Rolando!

* * *

Se estaban terminando los preparativos para la marcha. El capitán de dragones Leonardo Gauthier se veía obligado, como tantos otros, a separarse de Pamela Igualdad, a quien había hecho su esposa desde hacía algunos meses.

Honda pena le causaba semejante acontecimiento,

y todavía era mayor el disgusto de la linda ex-minista.

— Vida mía — repetía el bizarro capitán — es imposible desobedecer la orden del Directorio... Se ha dictado una prohibición absoluta para los oficiales de llevar a sus mujeres a la campaña...

— ¡Esos hombres no sabían lo que se hacían! — replicó con vehemencia la hermosa Pamela — ¡Son todos viejos y el amor no halla ya eco en sus corazones!

— Mira como nuestro jefe es el primero en dar ejemplo... — observó Leonardo.

En efecto, Napoleón, en aquellos momentos, estaba despidiéndose de Josefina.

— ¡Adiós, querida mía! — decía. — ¡Te amo tanto, que quisiera conquistar para ti todos los laureles!

Josefina contestó a Bonaparte con unas frases de acendrado cariño, y luego, su esposo, ya abstraído a todo sentimiento íntimo y atento tan sólo a sus planes de grandeza y de triunfo, añadió:

— Sobre todo, Josefina, procura que siempre, y en todas partes, *no se hable más que de mí...*

Pamela, entretanto, con la sutilidad propia de toda mujer, había ideado un medio para poder seguir a su marido.

Con ayuda de éste, acercóse a uno de los carros de aprovisionamiento, en donde había un montón de uniformes de repuesto. Despojóse en un momento



Pamela, con la sutilidad propia de la mujer, había ideado un medio de seguir a su marido...

de sus ropas femeninas y en pocos minutos quedó transformada en un soldado de la República, un poco afeminado, eso sí, pero sobre cuya marcialidad no era posible discutir un instante.

Como pudo, buscó sitio en una de las diligencias que partían en aquellos instantes, pretextando haberse rezagado. No era muy grande el espacio que podía ocupar sobre una de las banquetas, pero todas las incomodidades eran para ella leves molestias, comparadas con la alegría de poder seguir a su marido a la guerra...

Los soldados que iban con ella en la diligencia la acogieron con visible disgusto.

— ¿De dónde diablos ha salido este bicho? — preguntó uno de ellos. — ¡Vaya una manera de hacernos ir apretados, sin ninguna necesidad! ¡Nos va a estropear la entrada en Milán!





IV

Fueron bien acogidas por los italianos las ideas que Napoleón había proclamado, como general en jefe de los ejércitos franceses que operaban en la Península, y, tras de una serie de victorias, las tropas imperiales, acaudilladas por el Mariscal Beaulieu, emigrado francés, se replegaban en completo desorden ante los soldados de la República, strinchendosi, el 20 Floreal del año IV (9 de mayo de 1796) en las cercanías de la ciudad de Lodi, ciudad natal de Carlos Strabini, que residía allí junto con su madre y Flora Alfina desde su salida de la capital francesa.

En su casa, durante largo tiempo deshabitada, pues la madre de Carlos había vivido refugiada en casa de unos vecinos durante la ausencia de los dos jóvenes, se había concentrado, desde la arrolladora y triunfal marcha de los ejércitos liberadores de la República Francesa, el movimiento patriótico italiano, oculto todavía, puesto que en Lodi conservaban todavía el dominio las tropas imperiales.

Ante la ciudad hallábanse acampadas las huestes de Bonaparte, esperando el momento propicio para reanudar el ataque, que, de tener éxito había de abrirle las puertas de la ciudad y, con ello, dejarle casi libre la ruta de Milán, principal objetivo político y militar de la campaña en aquellos momentos.

Carlos, desafiando el peligro que representaba la activa propaganda que hacía en favor de las tropas francesas, durante la propia dominación de los austriacos, animaba a todos los patriotas italianos:

— ¡Amigos míos: Bonaparte se acerca, triunfador, para traeros la libertad! — les decía. — ¡Hora es ya que pongamos todos a contribución nuestro esfuerzo para ayudarles en tan noble tarea!

Y, como queriendo con ello infundir mayor valor a sus amigos, extrajo de su bolsillo un cartel impreso, que guardaba cuidadosamente doblado y oculto entre otros papeles, pues si los austriacos le hubiesen hallado semejante documento, no hubiesen dudado un momento en pasarle por las armas, y leyó:

« Proclama a los pueblos de Italia »

« El Ejército Francés, que defiende los derechos de los hombres y de los pueblos, ha empezado ya a romper vuestras cadenas y llegará hasta el fin. Nada temáis. Francia es amiga de todos los pueblos, y hoy, si hace la guerra, es en defensa del oprimido.

« NAPOLEÓN BONAPARTE »

« General en Jefe de los Ejércitos de la República, uno e indivisible. »

Carlos, hijo mío... — imploró una voz cerca de él. — Sé prudente... A lo mejor algún espía os está escuchando tras de la puerta, y, como te exaltas y hablas tan recio, te pueden oír... V, ahora que ya has leído ese papel a tus compañeros, rómpelo, que podría comprometerte...

Era Rosalía, la madre de Carlos, que sufría en silencio las angustias de la lucha y parecía una estatua muda del dolor y de la inquietud.

Dos razones la hacían temer por la vida de su hijo: las imprudencias que cometía a cada momento, sin darse cuenta de que los imperiales ejercían todavía su dominación en Lodi, alentando a los patriotas italianos, y sus accesos súbitos de desesperación, cuando veía que Flora seguía desdeñando sus apasionadas frases de cariño.

— ¿Cómo es posible, Flora — imploraba la pobre madre — que siendo yo tu madre adoptiva y viendo lo bueno que es Carlos, no le quieras por esposo?

— ¡No puedo, madre! ¡No puedo, y bien sabe Dios que, si pudiera, sería suya sin vacilar!

Por las noches, cuando sucedía la calma silenciosa de la velada a la febril agitación del día, Carlos Strabini juntaba en un mismo pensamiento amargo sus ideales de patriota y sus destrozados ensueños de enamorado.

— ¡Si Bonaparte supiese que sólo diez mil hombres defienden a Lodi — dijo una noche después que hubieron ingerido la frugal cena que Rosalía les había

preparado — el Ejército Francés entraría en Milán y nuestra querida Italia sería libre!

— ¡Por la Santa Madona! — suplicó Rosalía. — ¡No vayas tú, Carlos! ¡No lo intentes, que correrías hacia una muerte cierta! ¡No sabes que todos sospechan de ti? ¡Librenos Dios de pensar lo que te ocurriría nada más si te vieran acercarte a las líneas francesas!

Flora, atemorizada ante el peligro que podía correr Carlos, habló a su vez:

— ¡No vayas! ¡Atiende a los ruegos de nuestra madre, hermano mío! — dijo.

Una inmensa tristeza se apoderó del espíritu inquieto de Strabini.

— ¡Hermano! — murmuró. — ¡Me has llamado hermano! ¿Por dónde anda ahora tu pensamiento, Flora?

La muchacha, al darse cuenta del mal que había hecho a Carlos, prorrumpió en amargo llanto.

— ¡Cobarde! — exclamó Strabini, mesándose los cabellos de rabia y desesperación. — ¡Cobarde, más que cobarde! ¿Por qué estoy aquí todavía?

Flora púsose en pie de un movimiento brusco y, con gesto decidido, extendió su brazo, como para detener a Carlos.

— No, No vayas — dijo con voz firme. — ¡Soy yo la que iré!

Fueron en vano cuantas súplicas hizote Rosalía. La audaz muchacha estaba decidida a acudir al

cuartel general de Bonaparte y comunicarle el verdadero número de enemigos que estaban atrincherados en Lodi. Cuando hubieron tocado las once, Flora, llevando un farolillo en la mano para orientarse, se dirigió a las avanzadas francesas con paso seguro, avanzadas de las que distaba unas dos horas la casa de Carlos Strabini.

* * *

Tras largo y accidentado viaje, llegó Flora al campamento francés. Un centinela, al verla, dióle el alto.

— ¿Quién va allá?

— Una amiga de los franceses — repuso la joven.

Y luego, al ver que el centinela no la dejaba pasar, añadió:

— Su Excelencia el General Bonaparte me conoce mucho... Desearía ser conducida a su presencia, pues le traigo una noticia importantísima...

— Venid conmigo — dijo el centinela.

Mientras se internaban en el campamento, Flora Alfini no pudo menos que hacer una pregunta a su acompañante:

— ¿Conocéis — le dijo — a un oficial llamado Rolando de Reufize?

El soldado reflexionó un instante, y, al cabo de un rato, contestóle:

— No... Pero me parece recordar que en la batalla de Mondovì perdió la vida un individuo que llevaba ese nombre.

Fácilmente pueden imaginarse nuestros lectores la tremenda impresión que en el espíritu de la hermosa napolitana produjo semejante nueva. Sin embargo, su espíritu patriótico subrepúsose en aquellos momentos a toda emoción y, aun cuando sus piernas temblaban por efecto del extraordinario estupor e inenarrable pena que aquella noticia le había causado, siguió al centinela.

Éste se introdujo en la tienda de campaña donde Napoleón, junto con varios jefes de su Estado Mayor, consultaba unos planos.

— Mi General, hay allí una joven del país que desea comunicaros noticias importantes...

En la Historia ha quedado perenne el soberano desprecio que inspiraban los espías al futuro vencedor de Marengo y Jena. Contempló con impasible indiferencia al soldado y repuso:

— ¡Bah! ¡Una espía!... ¡Raza repugnante!... Sigamos, señores, sigamos...

Y ningún caso hubiese hecho Napoleón de la confidencia, si Flora, casi atropellando a los guardianes, no hubiese logrado introducirse en la tienda.

General — le dijo así que se halló ante su presencia — ¿No me recordáis?

Bonaparte era muy fisionomista y reconoció en el acto a su pequeña protegida del taller de David.

— ¡Ah! — exclamó jovialmente. — ¡Eres tú, pequeña? ¡Muy bien! ¡Así me gusta! ¡Que te hayas acordado de nosotros! ¡De tus antiguos amigos!

— General — siguió diciendo la joven — los patriotas italianos os informan que ante vuestro ejército no hay más que diez mil hombres de la retaguardia imperialista... Atacad inmediatamente, y mañana podréis estar en Milán.

Napoleón, sin perder su calma habitual, escuchaba las palabras de la muchacha.

— ¡Daos prisa, por favor, mi General! — imploró Flora. — ¡Italia espera que la resucitéis! ¡Que le deis la libertad y la vida de que la han privado sus opresores!

— Que se den órdenes para levantar el campamento esta noche — dijo con voz breve y seca Napoleón Bonaparte. — Que se tomen de noche las posiciones y se disponga todo para iniciar el ataque al amanecer...

Flora contemplaba con visible entusiasmo a Bonaparte... Ya se disponía a despedirse de él, cuando sintióse abrazada y besada por un joven sargento de caballería, en cuyos rasgos no tardó en descubrir el semblante gracioso de su antigua amiga Pamela Igualdad.

— Soy sargento de caballería, nombrado en la batalla de Montenotte, por el propio general Bonaparte — dijo la muchacha, riendo como una loca... — En la guerra pasan muchas cosas extrañas...

Calló un momento, y luego preguntó cariñosamente a Flora:

— ¿Te has casado ya?

— No... — contestó la joven. — Sé que hago mal... pero no puedo...

— ¿Y vas a volver a Lodi?

— Naturalmente! Allí en la ciudad hay unos buenos corazones que me recogieron cuando me quedé huérfana, que pusieron todo su cariño en mi vida... y no quiero dejarlos solos en el momento peligroso del ataque...

— ¡Pues vete y que Dios te guíe! — contestó Pamela.

Alejóse Flora del cuartel general, y cuando se aproximaba a las avanzadas, dió un grito de sorpresa y alegría a la vez, y quedóse tan atónita que no acertó a dar un paso adelante.

Ante ella, gallardo, marcial, arrogante, un oficial del ejército francés le cerraba el paso y con voz llena de emoción apasionada, le decía:

— ¡Flora! ¡Flora!

— ¡Rolando! ¡Rolando! ¿Sois vos?

— Sí, soy yo... — contestó Reufize. — ¿Te sorprende verme aquí, verdad?

— ¡Si me hablan dicho que estabais muerto!

— ¿Y te entristecía la noticia, verdad? ¿Cómo me amas, Flora! ¿Y cuánto te amo yo también! ¿Con toda mi alma! ¿Con toda la fuerza de mis años, con todo el entusiasmo de mi alma apasionada!

Había tomado la mano de Flora y la estrechaba entre las suyas, sin que la muchacha opusiese la menor resistencia.

— ¿Y vas a volver a la ciudad? — preguntó el oficial al cabo de un momento.

— Naturalmente que sí — repuso Flora.

— ¡A cuántos peligros te expones, amada mía! — exclamó Renfize. — ¿Y si te hacen prisionera al cruzar las líneas enemigas?... ¡Oh! ¡No te vayas!

— Sí, Rolando... He de marcharme... Aunque mi corazón se halla transido de dolor, al pensar que mañana tendréis que luchar contra el enemigo... ¡Oh, Dios mío! ¡Si os sucediese algo!

— Nada me ocurrirá — repuso el valeroso soldado. — Mañana, mis compañeros y yo os traeremos la libertad y haremos huir a vuestros opresores...

— ¡Adiós, Rolando! ¡Que la Santa Madona que os di proteja vuestra vida!

Un abrazo selló la despedida... A todo correr, Flora se dirigió de nuevo hacia la ciudad de Lodi, sin sospechar la terrible sorpresa que le aguardaba.

Carlos Strabini, que, tras de ella se dirigía hacia las líneas francesas, había sorprendido la escena; y, aunque sin haber llegado a reconocer el rostro del capitán, sentía su corazón aguijoneado por el fantasma de los celos...



¡Carlos! ¡Por lo que más queras — imploró Flora — salva a esos desdichados!



V

A campo traviesa, corriendo tan aprisa como se lo permitían sus piernas, temblorosas de emoción por la impresión que había recibido al hallarse de nuevo frente a frente a Rolando de Renfize, Flora emprendía su regreso hacia Lodi, cuando se dio cuenta de que alguien iba tras de ella.

La noche era muy oscura, el silencio extraordinario, desolada por los cañones imperiales en su último intento de defensa contra el arrollador empuje de las tropas napoleónicas, y era inútil gritar pidiendo socorro. Nadie, a menos que algún lejano centinela, interpretando erróneamente aquella desesperada demanda de auxilio, disparase, podía contestar.

Cruzando barrancos, saltando cercas, destrozándose las ropas, la joven huyó en dirección a la casa de su madre adoptiva. Mas su perseguidor acortaba

a cada momento la distancia que le separaba de Flora. Esta, alocada, intentaba buscar atajos, despistar al misterioso personaje que iba en pos de ella, engañarle haciendo ver que tomaba otro camino, mas todo era en balde. Sin duda, aquél conocía el terreno tan bien como ella...

Llegaron, en desesperada carrera, hasta la carretera provincial de Lodi. No había escapatoria posible. Aún intentó Flora seguir corriendo bastante rato, pero, de pronto, tropezó con una gruesa piedra que le lastimó un pie y la hizo rodar al suelo.

Su misterioso perseguidor llegaba en aquel mismo momento. Inclínose ante ella y, levantándola con ayuda de sus robustos brazos, murmuró con voz llena de angustia y de pasión:

— ¡Flora! Flora! ¡Florineta mía! ¿Te has hecho daño?

Un suspiro de alivio escapóse del pecho de la muchacha al reconocer en la voz del que la había estado persiguiendo que se trataba de Carlos Strabini.

— ¡Ah!... — exclamó, — ¿Eras tú? ¿Qué susto me habías dado!

Carlos no le contestó. Con faz severa y mirada desconfiada, contemplaba a su amada de hito en hito.

— ¡Qué miedo tenía! — repitió Flora.

Como si aquello no tuviese importancia para él, Carlos siguió manteniendo su silencio. Al cabo de un rato, sin dejar de retener a Flora con el brazo sobre su espalda, preguntóle:

— ¿De dónde vienes?

Flora, que ignoraba haber sido vista con Rolando por Strabini, no se inmutó:

— ¡V tú! — le dijo.

El interpelado contestó a la pregunta con un gesto vago. Después, volviendo a insistir en su pregunta:

— ¿De dónde vienes? ¡Habla! ¡Habla de una vez!

Sin acertar a comprender el verdadero motivo de la vehemencia de las palabras de Carlos, Flora, sin alterarse en lo más mínimo, explicó:

— Tú dijiste que era necesario avisar a los franceses...

Un gesto escéptico de Carlos fué la respuesta que a sus palabras obtuvo Flora Alfina.

— ¿No fué eso lo que dijiste? — preguntó entonces.

Y como Strabini persistiera en su mudéz, siguió diciendo:

Tú dijiste que había que avisar a las tropas francesas... Y yo, para que no expusieras tu vida... como le haces tanta falta a tu madre... fui a prevenirlas...

Mil ideas confusas se agitaban en la mente de Carlos. Cogió del brazo a Flora y quiso hacerla seguir a viva fuerza hacia las líneas francesas.

— ¿Pero para qué quieres volver allá? — interrogó la joven, sorprendida por la extraña y brusca actitud de Strabini. — ¿No te digo que los franceses ya están avisados?

En el cerebro enfebrecido de Carlos germinó entonces una idea infame, diabólica, criminal...

— Sí, sí... Tienes razón — contestó procurando fingir una calma que faltaba a su atormentado espíritu. — Volvamos hacia Lodi, pero separémonos, porque podríamos hallar a algún soldado de las avanzadas austriacas y, viéndonos juntos a estas horas, sospecharía y podría darnos un disgusto... Dentro de tres horas nos volveremos a encontrar en casa... ¿Cuándo atacarán los franceses?

Bien lejos se hallaba Flora de sospechar las terribles consecuencias que su respuesta debía tener más tarde. Con naturalidad y sin dar a sus palabras la menor importancia, dijo:

— Esta noche levantarán el campamento y mañana al amanecer empezará el ataque.

— Está bien, ¡Hasta luego, Flora!

— ¡Hasta luego, Carlos!

Strabini no avanzó un paso hasta que la grácil silueta de la mujer que tanto amaba hubo desaparecido entre las sombras de la noche. Entonces, con paso decidido, echó a andar. Quien hubiese tenido ocasión de observarlo, habría descubierto en sus labios la misma sonrisa cínica y cruel que debió contraer la boca de Caín después de haber asesinado a su hermano...

* * *

— ¡Era él! ¡Era él! — repetía.

Ante su cerebro, obsesionado por la idea de sus celos, la imagen de Rolando persistía... Dominado,

enteramente por su desesperación, Carlos Strabini olvidó en un momento sus ideales patriotas, su pundonor, su dignidad... Rolando quería quitarle a Flora y Rolando pertenecía al ejército francés. Pues, bien: bastaba un acto suyo para que él y todos sus compañeros cayesen bajo la lluvia de plomo que a su paso podían cernerles los austriacos en una emboscada, si ésta era hábilmente tendida.

Sin el menor remordimiento ante la infamia y la villanía que iba a cometer, sin ninguna piedad por los infelices que iban a morir por su culpa, Strabini dirigióse hacia el campamento de las tropas imperiales y dijo al primer centinela que halló que debía ver al jefe de las tropas para comunicarle importantes noticias respecto a los planes de sus adversarios.

Mandaba en aquel momento las fuerzas austriacas el Mariscal Beaulieu, emigrado francés, en quien perduraban todavía, a través de las vicisitudes de la campaña, las refinadas costumbres de la fermentada Corte de Luis XVI que dispersara, como un soplo sobre un montón de cenizas, la tormenta huracanada de la Revolución. Se levantaba tarde, resolvía muchos asuntos desde el baño y se perfumaba como una *merveilleuse*.

— Hay allí un espía que desea hablaros, mi General — dijo uno de los oficiales al jefe de las tropas.

— ¡Que pases! — ordenó Beaulieu.

Strabini fué conducido a presencia del Mariscal.

a quien en aquel momento un criado estaba friccionando el cuerpo con una toalla perfumada, después de haber abandonado su cotidiano baño caliente.

— A la orden, mi General — dijo con voz breve.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó el Mariscal.

— Carlos Strabini, para servir a Vuccencia.

— ¿Qué noticias quieres darnos?

— La de que el ejército francés se está preparando para levantar el campamento y atacar de madrugada.

Beaulieu era de natural desconfiado.

— ¿Y cómo lo sabes? — preguntó.

— Porque yo mismo he visto al general Bonaparte dar las órdenes de ataque.

El emigrado pasóse la mano por la barba, en actitud de duda, contempló fijamente al italiano, como si quisiera reconcentrar su pensamiento y escrutar la verdad en sus facciones... Tras un minuto de silencio, volvió a preguntar:

— Vamos a ver: si tú mismo has oído a Bonaparte dar la orden de atacarnos, ¿es que estabas en el campamento, ¿no es eso?

— Sí, mi General.

— Pues entonces — concluyó diciendo el Mariscal Beaulieu — o nos traicionabas antes, o nos traicionas ahora...

Confundido por aquella respuesta, Strabini no supo qué contestar. Sus ojos, mostrando visible



¿Qué haces allí, llorando como una moza? — dijo Flora

azoramiento, miraron de un lado para otro, hasta que se decidió a confesar:

— Yo les creía leales, y con lealtad me portaba... Pero me han robado mi más precioso tesoro... ¡Me han robado a mi amada, a la mujer por quien daría cien vidas, si las tuviese!... ¡Les odio! ¡Les odio a muerte, con toda mi alma! ¡Que mueran todos, que antes han muerto mi ilusión más querida!

— Strabini — dijo el Mariscal — debía hacerte fusilar por espía, por haber cruzado las líneas que

defienden a Lodi, en donde tienes tu casa, y haberte internado en las líneas francesas.

Ante aquella respuesta, Carlos levantó la cabeza y, contemplando a Beaulieu con aire de desafío, le dijo:

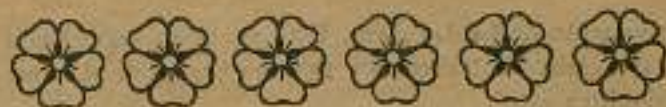
— Me da lo mismo, señor. Haced lo que queráis.

Vete — repuso el jefe de las tropas imperiales.

— Eres libre. Te prevengo, sin embargo, que serás estrechamente vigilado. Si lo que dices es cierto, se te recompensará con largueza; pero si mientes, la muerte será el pago de tu traición. Puedes marcharte.

Con paso incierto, el traidor desapareció de la presencia del Mariscal y de su Estado Mayor. Así que estuvo fuera, reuniéronse los jefes, acordando el plan para adelantarse al ataque de las fuerzas republicanas y preparar la emboscada que diese al traste con la creciente pujanza del invasor. Cuando el consejo hubo terminado, Beaulieu levantóse y, con tono enfático, dijo:

— Me parece, señores, que ese ambicioso de Bonaparte está en vísperas de presenciar el fracaso más grande de toda su vida.



VI

Flora, incierto el paso, iba a entrar en casa de Strabini cuando vió a éste ante la puerta, en ademán de esperarla. Sorprendióle hallarle todavía allí, a aquella hora, y más todavía cuando el joven, cogiéndola del brazo, le dijo con imperioso ademán:

— ¡Ven!

La muchacha no se atrevió a replicar. Conocedora, como era, del carácter violento de su hermano de leche, prefería exponerse a la más aventurada de las contingencias, que a desobedecerle. Caminaron en silencio largo rato, hasta que llegaron a una iglesia en ruinas ante la cual detúvose Strabini.

— ¡Entra! — dijo.

Flora cruzó la entrada del edificio y, una vez él hubo hecho lo mismo, atrancó la puerta, y, con acento amenazador, exclamó:

— Te he hecho venir aquí porque ha llegado el

momento de hablar claro. Esta noche te seguí hasta las avanzadas francesas y te vi en brazos de él. ¿Qué significa esto?

— ¿Quién eres tú para pedirme cuenta de mis actos? — repuso entonces la bella napolitana. — ¿Soy acaso tu mujer?

— ¡Flora! — gritó entonces Carlos, iracundo. — ¡Recuerda tu promesa! ¡Me juraste ser mi esposa y ahora pretendes faltar a la sagrada promesa!

— Nada se puede jurar cuando el corazón manda y puede más que toda humana voluntad, Carlos — dijo Flora con entereza.

— ¡Ah! ¿Entonces, empiezas a confesar? — gritó Strabini. — ¡Habla de una vez! ¡Acábame de decir la verdad, toda la verdad, por cruel y tremenda que sea para mí!

— ¿La verdad?

— ¡Sí, la verdad! ¡Habla, Flora, habla! ¡Estamos en un momento de sinceridad, con nuestras almas desnudas, como en la hora de la muerte! ¿Amas a ese hombre?

Incapaz de traicionar sus sentimientos, Flora ingirióse ante Carlos y con voz decidida y firme, contestóle :

— ¡Sí! ¡Le amo como no se puede amar más que una vez en la vida!

Carlos vaciló como si aquellas palabras, como agudos puñales, se le hubiesen clavado, destrozándolo, en el corazón. Pero el sentimiento de odio que

en aquellos momentos le dominaba, pudo más que el dolor de su alma desengañada, vencida...

— Entonces — dijo fríamente — ruega por él. — Dentro de dos horas estará muerto.

Una angustia horrible invadió el espíritu de Flora, al mismo tiempo que su frente se cubría de frío sudor y de sus labios brotaba un grito de horror.

— ¿Cómo? ¿Qué ocurre?

— ¡Ocurre — dijo él con voz tonante — ocurre que no se puede jugar impunemente con un hombre cuyo corazón se agita, roído por los celos, y que vive en una perpetua zozobra y en una interminable angustia! ¡Ocurre que, cuando un hombre enamorado ve rotos sus sueños de felicidad y de alegría por otro que se atraviesa en su paso, acude en su loca ceguera de amante desdenado a todos los procedimientos, a todas las bajezas, a todas las infamias, aunque para ello tenga que sacrificar sus más entusiastas ideas, aunque tenga que pisotear lo más sagrado de sus deberes, aunque sepa que se transforma en un canalla, en un hombre vil y despreciable, en un traidor repugnante, con tal de gozar la venganza de ver a su rival atravesado por una bala enemiga y sin sentir la menor piedad, el menor remordimiento, por las víctimas infelices e inocentes que forzosamente han de caer a su lado, en la más atroz de las carnicerías!

Presa de indescriptible espanto, como si quisiera apartar de su mente la horrible idea de lo que iba

a pasar, Flora cerró los ojos. Después entreabrió lentamente sus párpados, como si volviese en sí de una horrible pesadilla, y preguntó:

— ¿Pero qué has hecho, Carlos? ¿Por la Santa Madona! ¿Qué has hecho?

— ¿Qué he hecho? ¡Traicionarlo todo, hundirlo todo, abdicar de todo sentimiento de dignidad, por gustar el placer de la venganza!

— ¿Cómo! ¿Y no te avergüenzas? ¿Has traicionado a Italia? ¿A tu Italia?

— ¡Sí! ¿A mi Italia! ¿Qué me importa a mí Italia, y el mundo, y mi vida, y todo, al lado de la horrible idea de que tú seas de otro?

Calló un momento, y luego, recostándose sobre la puerta para impedir que Flora intentase abrirla y huir para avisar a las tropas francesas lo ocurrido, siguió diciendo:

— Lo he sacrificado todo por ti: patria, honor, porvenir... Dentro de unas horas, quizá de unos minutos, las tropas imperiales, avisadas por mí del ataque que preparan los soldados de Napoleón, caerán sobre ellos y los acribillarán a balazos. ¡Y él morirá, y todos con él!

— ¡Bandido, canalla, criminal! — rugió Flora, abalanzándose sobre él como una leona herida.

¡Asesino! ¡Infame! ¡Te juro, por el amor a mi madre y a Rolando, que si le matan yo te mataré como a un perro!

— Le matarán, Flora... Y todos los demás caerán

con él... ¡Y serás tú quien les habrá conducido a la muerte! ¡Mañana, una nación entera, desesperada y avergonzada ante su derrota, maldecirá tu nombre y tu memoria!

— ¡Carlos!

— ¡Sí! En su agonía, miles de hombres pronunciarán tu nombre, para execrarlo!

— ¡Carlos! — gritó fuera de sí la infeliz muchacha.

— ¡Abre la puerta!

— ¡No, no y no!

— ¡Abre la puerta! ¡Estoy loca, y si no me dejas pasar, soy capaz de matarte!

— ¿Cómo se ve que lo amas de veras! No pasarás, no, porque yo me dejaré destrozar antes que franquearte el paso... Y, aunque lo consigas, todo cuanto hagas es ya inútil. Dentro de pocos momentos llegará hasta nosotros el estampido del primer cañonazo anunciando la completa derrota del ejército francés...

Incapaz de resistir más a aquel cúmulo de emociones que atenaceaban su dolorido corazón, Flora dejóse caer sobre una de las losas que formaban la base de una semidestrozada columna, sollozando:

— ¡Pobres víctimas inocentes! ¡Pobrecitos! ¡Van a morir! ¡Y no hay salvación para ellos!

— No, no la hay — repitió Strabini. En este momento marchan a la matanza, y ningún poder humano puede salvarlos. ¡Y tú tienes la culpa, tú!

— ¡Además de infame, eres imbécil! — sollozó

Flora. — ¿No comprendes que con ello has destruido toda posibilidad de que yo llegase a ser tuya?

— Poco me importa. Perdida para mí toda esperanza, lo demás me es indiferente.

— ¿Pero no sabes que te prenderán y te fusilarán por espía? ¿No sabes que yo misma te denunciaré?

— ¡El otro estará muerto y yo quedaré vengado!

Viendo que la amenaza no surtía efecto, Flora intentó vencer al espía por la persuasión.

— Carlos... — imploró. — Tú eres bueno... Tú amas la patria sojuzgada por los dominadores... Tú no puedes consentir que sus salvadores sean derrotados y toda esperanza de redención se esfume en los corazones de todos los buenos patriotas amigos nuestros... Tú no puedes dejar que por tu culpa mueran tantos infelices...

— Ya te he dicho que ahora no había remedio. Tuya es la culpa. ¡Acuérdate bien! Un ejército entero maldecirá tu nombre en la agonía de la derrota!

— ¡Por la salvación de tu madre! ¡Por lo que más quieras! ¡Carlos! ¡Hermano mío! ¡Novio! ¡Lo que quieras! ¡Te juro ser tu esposa, pero déjame pasar!

— ¡No saldrás! ¡Lo que tú quieres es irte a su lado para salvarlo, y que yo me consuma aquí de rabia y de pena! ¡Nunca! ¡Suceda lo que suceda, aquí hemos de quedarnos los dos hasta que los austriacos consumen la obra vengadora!

— ¡Carlos, por Dios... por la Santa Madona!

— No abriré la puerta. ¡Tú quieres salvarle, y no lo conseguirás!

— No es sólo por él... Es por los pobres infelices que van a perecer por culpa tuya! ¡Si no me crees, enciérrame aquí y vé tú a salvarles! ¡Pero anda... corre!

— ¡Cuánto le quieres! ¡Qué rabia siento al oír tus palabras, al pensar que me falta valor para destrozarte, como a ellos!

Heroica, Flora encaróse con él, apostrofándole:

— ¡Sí, hombre! ¡Mátame! ¡Es la única infamia que te queda por cometer! ¡Asesíname, por la espalda si puedes, a traición, cobardemente, como a traición has asesinado la libertad de nuestro país! ¡Espía! ¡Traidor! ¡A mí me maldecirá un ejército por haber sido involuntariamente culpable de su destrucción, pero a ti, por los siglos de los siglos, te maldecirá la Historia de un pueblo noble y bueno que iba a recobrar su libertad!

Avergonzado, Carlos estalló en sollozos.

— ¡Cobarde! ¡Traidor! — repitió Flora. — ¿No te da vergüenza haber hecho de espía y llorar ahora como una mujer? ¡Corre, al menos, a intentar la salvación de esos inocentes o a exponer tu pecho ante las balas!

Sin decir una palabra, Carlos abrió la puerta. Un rayo de esperanza iluminó las espesas tinieblas en que se hallaba sumido el espíritu de la joven napolitana.

— Anda, anda, vamos — dijo dulcificando su voz. — Quizá estemos a tiempo todavía... Te juro que te querré, que seré tuya, que te amaré mucho...

No pudo terminar. El estrépito de una descarga de fusilería seguido de una serie de disparos de cañón ahogó su voz. Ante ellos, a todo correr, las tropas imperiales que Beaulieu tenía dispuestas en segundo término se precipitaban hacia el lugar en donde acababa de dar principio la batalla.

Recostados contra la pared, indecisos, viendo que todo estaba perdido y que la salvación del ejército napoleónico era ya cosa imposible, los dos jóvenes permanecieron algunos segundos, consultándose el uno al otro con la mirada.

De pronto, dos soldados que habían quedado rezagados apostá se les acercaron.

— ¿Tú eres Carlos Strabini, verdad? — preguntó uno de ellos.

— Sí — repuso el interpelado.

— ¿Y esta muchacha, quién es?

Soy su hermana — se apresuró a contestar Flora.

El soldado metió su diestra en el bolsillo del pantalón, extrajo de él un par de esposas, y, mientras su compañero apuntaba a Carlos con su fusil, dijo:

— Quedáis detenidos por orden del Mariscal de las tropas de Su Majestad Imperial y Real, acusados del delito de traición y espionaje.



VII

La madrugada del 21 Florcal del año IV de la República (10 de mayo de 1796), fué para Bonaparte de emoción y ansiedad máxima. El General del perfil de águila, como le llamaban sus soldados, no descansó un momento. Personalmente dictó las órdenes, inspeccionó los puestos, trazó el plan de batalla sin olvidar los más íntimos detalles y, antes del amanecer, sus tropas levantaron el campamento emprendiendo la marcha sobre Lodi, desplegadas al aire las banderas en las que campeaba el lema de la Revolución: *La Liberté ou la Mort*.

Bonaparte confiaba en absoluto en su victoria. Aclamada la duda que le cabía sobre el exiguo número de sus enemigos, y seguro de que iba a caer sobre ellos por sorpresa, la toma de Lodi, que había de abrirle el camino de Milán, era segurísima.

Las tropas marchaban lentamente, tomando toda

suerte de precauciones para evitar cualquier imprudencia que revelase el movimiento al ejército enemigo y comprometiese el éxito de la operación.

Las operaciones preliminares se efectuaron con toda normalidad. Para asegurar su retaguardia, Napoleón dió la orden de ocupar unas pequeñas alturas que dominaban la ciudad. Ello se realizó sin la menor dificultad. Clareaba ya, cuando las tropas se adueñaron de las posiciones que constituían los objetivos preliminares, estableciendo allí puntos de aprovisionamiento, instalando depósitos de municiones y pertrechos de guerra, a fin de que el avituallamiento de las tropas, una vez éstas rompiesen el fuego, pudiese tener lugar con toda normalidad.

Inmediatamente de terminada aquella operación, Bonaparte dió la orden de avanzar de nuevo sobre Lodi. No le cabía ninguna duda de que cogería desprevenido al Mariscal Beaulieu.

Y mientras sobre la campaña, los pajarillos, despertados por el rocío matinal, empezaban a entonar sus alegres trinos, Napoleón repetía :

— ¡Esta vez te tengo, Mariscal Beaulieu!

... Al otro lado de la ciudad, las tropas austriacas empezaban a desplegarse. Y el General emigrado, que aquel día había tenido que renunciar a su baño cotidiano, decía igualmente :

— ¡Al fin te tengo, General Bonaparte!

* * *

Durante la noche, tampoco se había dormido en el campamento donde se encontraban, protegidas tras las trincheras, los ejércitos imperiales. Beaulieu preparaba la emboscada. El conocimiento profundo y exacto que tenía del terreno, gracias a los datos que algunos espías, italianos renegados, vendidos al oro austriaco, favorecía extraordinariamente sus planes.

Al pie de las alturas que rodeaban la población, extendíase un pequeño bosque, en el cual podían perfectamente ocultarse sus escasas tropas. Aquel lugar fué el que el astuto Beaulieu escogió para esconderse de sus fuerzas. Adelantándose media hora a la llegada de las tropas republicanas, las fuerzas austriacas acamparon bajo los copudos árboles, mientras se destacaban algunas fuerzas de caballería a fin de practicar un reconocimiento.

Llegó el momento de la emboscada.

Confiadas en la impresión enemiga, llegaron ante el bosque las fuerzas de Bonaparte y cuando estuvieron desplegadas frente a él, el Mariscal Beaulieu dió la orden de ataque.

Sorprendidos, los franceses no tuvieron tiempo de tomar y resistir la acometida enemiga. Literalmente

llovían los austriacos, iniciando un movimiento envolvente, cuyas consecuencias podían ser fatales para Bonaparte, si no lograba rehacerse a tiempo.

No era ello fácil. Se había iniciado la desbandada en algunos batallones y el ejército imperial empezaba a actuar de cuña en las tropas republicanas, que quedaron en pocos momentos semidesorganizadas.

Los primeros rayos del sol iluminaron la derrota, casi completa, de los soldados napoleónicos. En una llanura, Bonaparte logró rehacer un núcleo, bastante reducido de ellos y allí pudo empezar a tomar sus disposiciones para remediar la catástrofe irreparable que se avecindaba.

Afortunadamente, el Estado Mayor se había salvado. Con él se reunió Napoleón, que durante toda aquella desgraciada acción no había abandonado, ni un momento, los lugares de mayor peligro. Rodeado de fuerzas que rechazaban los ataques, cada vez más pujantes, de los austriacos, analizó fríamente la grave situación, que se iba haciendo angustiosa por momentos.

— Escribid — ordenó a sus amanuenses. — «Orden del Ejército... Dentro de diez minutos, bajo pena inmediata de arresto, los generales presentarán sus batallones en orden perfecto para una revista que pasará el General en Jefe...»

La orden fué circulada al momento. Pasaron los diez minutos, largos como siglos, terribles como una agonía... Las granadas austriacas, de tanto en tanto,



Bonaparte no descansó en toda la noche

llegaban hasta el lugar en donde *le-petit caporal* había instalado el cuartel general de sus ejércitos. De tanto en tanto estallaba un proyectil casi a los mismos pies del General en Jefe o rodaba mal herido uno de los más fieles soldados de su guardia...

Por fin, un soldado fué a avisar al cuartel general que se hallaba todo dispuesto para la revista. Bonaparte, montado en su caballo, se puso al frente de las tropas. El fuego enemigo aumentaba en inten-

sidad por momentos. Las cornetas de órdenes dejaron oír sus estridentes sonos.

¡Atención!

Napoleón, con su penetrante mirada de águila recorrió en un instante todo el campamento.

— ¡Tercien armas! — ordenó, como si se hubiese hallado en correcta formación, haciendo desfilar sus tropas en una fiesta oficial.

Los soldados, hinoptizados por la voz de su jefe, a quien idolatraban, cumplieron la orden. Una granada estalló cerca del General, matando a tres hombres.

— ¡Presenten armas!

Todos obedecieron. *Le petit caporal* volvió a gritar:

— ¡Tercien armas!

Cerca de ellos silbaron las balas de una descarga de fusilería, hecha casi a quemarropa. Revueltos en informe montón, rodaron al suelo más de veinte soldados.

— ¡Castigad a ese soldado al que le tiembla el fusil! — ordenó Napoleón con voz breve y seca.

Y entonces, aquel hombre de baja estatura, de porte insignificante, que hacía temblar a Europa y debía más tarde asombrar al mundo entero, pareció agigantarse en un momento, tal fué lo estentóreo de su voz y lo enérgico de su gesto.

— ¡Carguen!

Como desmandada jauría de leones, aquellos hombres que hacía un momento huían a la desbandada,

rehicieron en pocos minutos y se lanzaron contra el muro humano que les rodeaba.

— ¡Soldados de Francia! — gritó de nuevo el General. — ¡Vencedores de Montenotte y de Montevil! ¡Por la Patria y por la Libertad! ¡Adelante! ¡Viva la República, una e indivisible!

Y arrancando una bandera de manos de un soldado, despreciando las balas, el General en Jefe pasó al frente de sus tropas que, electrizadas, redoblaron sus ataques contra las fuerzas del Mariscal Beaulieu que, sorprendidas a su vez y no esperando un contraataque tan rápido de los franceses, empezaron a perder terreno.

Fué una marcha inolvidable hacia la gloria y hacia el triunfo. La persecución de los austriacos duró hasta las cinco de la tarde en que, ocupados todos los caminos por las fuerzas republicanas, el Mariscal Beaulieu se rindió con los escasos efectivos, diezmados y desmoralizados que había logrado reunir en torno suyo para intentar una resistencia tan heroica como inútil. El sol, minutos antes de ocultarse, iluminó la victoria de las tropas de Bonaparte, como si no hubiese querido terminar su jornada sin saludar el final de aquella lucha encarnizada.





VIII

— Francia, señores imperialistas, no olvidará las leyes de caballeridad para con los vencidos ni se enseñará, aprovechando su triunfo. Podéis todos guardar vuestras espadas, que bien habéis demostrado erais merecedores de llevar en vuestro cinto.

Con estas nobles palabras acogió Napoleón al Mariscal Beaulieu y a los jefes que componían su Estado Mayor, los cuales, al oírlos, saludaron militarmente al triunfante caudillo, mientras sus labios pronunciaban frases de sincero agradecimiento.

Sólo un favor he de suplicaros — siguió diciendo Bonaparte. — Sabéis cuán grande es el desprecio que me inspiran los espías. Es por esta razón que os ruego me digáis por quién fuisteis informados de nuestro ataque.

El Mariscal Beaulieu, sin vacilar un instante, explicó la verdad, toda la verdad.

— Por un italiano que se llama Carlos Strabini.

El fué quien vino a nuestro campamento a revelarnos el movimiento que ibais a realizar.

La cólera del jefe de las tropas republicanas, al oír aquella palabras, no tuvo límites.

— ¡Canalla! ¡Infame! ¡Y yo que le creía un buen patriota!

Con un gesto, ordenó a uno de los oficiales que se encontraba a su lado que le escuchase.

— ¡Que busquen por toda la ciudad a un tal Carlos Strabini!

— No es necesario, General — contestó Beaulieu. — Strabini se halla ya en nuestro poder.

— ¿Cómo?

— Sí. Le encontraréis entre los prisioneros que nosotros llevábamos... Sospechando yo que su confianza fuese un ardid y que nos traicionara a todos, le hice detener poco antes de empezar la batalla. Iba con una muchacha que se llama, me parece, Flora... Sí, Flora Alfina, si no me es infiel la memoria...

— ¡Flora Alfina! repitió Bonaparte. — Si no es posible! Entonces... Entonces, Mariscal, ¿no sólo me traicionaban a mí, sino a vos?

Es lo que yo sospeché desde un principio — afirmó Beaulieu. — Les llevábamos a Milán para juzgarles.

— Bien. Que se les forme Consejo de Guerra inmediatamente.

Cinco días después, el 16 Floreal del año IV (25 de

mayo de 1796), las tropas republicanas, al mando supremo de Napoleón Bonaparte, llegaban a Milán, siendo acogidas con delirante entusiasmo por la población, que veía en ellas a los destructores de la tiranía austriaca que durante tanto tiempo había pesado sobre la nación italiana.

Y mientras en las calles se desbordaba la alegría popular, y se preparaban fastuosas iluminaciones para aquella noche, y las campanas volteaban para asociar su canto sonoro a los gritos de entusiasmo de las masas que aclamaban a su paso a los soldados franceses, en una sala del antiguo *Palazzo Imperiale*, un Consejo de Guerra se preparaba para juzgar a los dos presuntos culpables de la sangrienta emboscada de Lodi.

Las tropas republicanas, llenas de indignación por la sorpresa de que habían sido objeto la madrugada del ataque, que tan caro había estado a punto de costarles, tuvieron una refinada idea de perversión, y apoderándose de Carlos y de Flora les llevaron, amarrados, a una esquina en donde les obligaron a presenciar el paso de los regimientos victoriosos a los que la multitud seguía dando innegables pruebas de simpatía y cariño.

Y cuando, doloridos por el espectáculo y entregados al desprecio y a la ira de los patriotas milaneses, los dos jóvenes, los ojos bajos, el semblante contrito, las piernas temblorosas de emoción, esperaban que terminase aquel infernal suplicio, un

arrogante capitán, al que las muchachas cubrían materialmente de flores desde los balcones, pasó ante ellos. Flora no pudo reprimir un grito que vibró unos minutos en el espacio.

¡Rolando!

Este fué a desviar su camino, pero la inmensa muchedumbre, que rodeaba a los soldados, se lo impidió. Carlos no hizo la menor alusión al encuentro, ni miró siquiera a Flora. Estaba como atontado, ante la gravedad del delito que había cometido...

* * *

Antes de celebrarse el Consejo de Guerra que había de fallar, por procedimiento sumarisimo, la causa que se había empezado a instruir contra Flora Alfina y Carlos Strabini, Napoleón en persona, recordando la buena amistad que le había unido en París con el ex modelador de barro, quiso entrevistarse con él.

— Carlos — le dijo. — Yo sé que eres un buen muchacho y un patriota. ¿Por qué hiciste eso?

— ¡Porque vosotros me habíais robado a lo que más quería yo en este mundo : a mi Flora, a mi único tesoro!

— ¡Siempre la mujer! — murmuró al lado del General la voz de Tallien, que le acompañaba siempre en aquella campaña.

Dime una cosa — repitió Bonaparte. — De

tu respuesta depende tal vez la salvación de uno de vosotros dos, y puede que de ambos. ¿Por quién supiste el movimiento que íbamos a realizar? ¿Fue por Flora?

Carlos permaneció mudo un momento, después del cual contestó con voz firme:

— ¡Sí, mi General!

— Está bien, Carlos.

Napoleón quedó pensativo unos instantes.

— ¡Siempre la mujer! — repitió Tallien. — ¡El hombre que sabe abstraerse a su influencia, mi querido General, tiene grandes probabilidades de triunfar en la vida!

— Tenéis razón — replicó Bonaparte.

Y, llamando a un ordenanza:

— Si no ha salido todavía el correo para París, decid que me devuelvan las cartas.

Minutos más tarde volvía el soldado con varios pliegos en la mano. El General en Jefe de las tropas republicanas tomó uno de ellos, abriólo y releyó las líneas que horas antes trazara con destino a Josefina:

«Adorada Josefina: Aunque triunfo en este juego de azar, que es la guerra, mi desgracia es indudable, pues cada día me convengo más de que tú no correspondes al amor que por ti siento tu Napoleón.

En mis horas de soledad siento la atracción de la muerte... Quisiera morir para no sufrir más, para no sentir cómo se enroscan a mi corazón las serpientes de los celos... »

Sin pronunciar una palabra, empezó a romper la misiva en diminutos pedazos... Después los arrojó al suelo y, dando una palmada en el hombro de Tallien, dijo:

— Estáis en lo cierto. Tallien, estáis en lo cierto.

El ordenanza, impasible, aguardaba las instrucciones de su jefe.

— ¿Qué esperas? — preguntó Bonaparte.

— El correo...

— Puede partir sólo con este pliego. Hoy no habrá más cartas para París.





IX

Los Consejos de Guerra, en aquella accidentada época, no eran un modelo de administración de justicia, ni muchísimo menos. Aprista y corriendo, aceptando muchas veces como buenas pruebas que adolecían de fundamento, dictábanse las sentencias, contra las que no había apelación posible. No es de extrañar, pues, que aquella tarde, el tribunal militar que celebraba el juicio sumarísimo contra Flora Alfina y Carlos Strabini acordara su condena a muerte, señalando para la hora de su ejecución las siete de la misma.

Napoleón estaba mudándose el traje para asistir a una fiesta mundana que aquella noche se celebraba en obsequio de los vencedores, cuando se le comunicó el fallo recaído. Displicente, el General en Jefe de las tropas republicanas cogió el documento y pasó distraídamente su vista por los últimos renglones. Decían así:



Sin dificultad alguna fueron ocupadas unas pequeñas aljuras que rodeaban la ciudad de Lodi.

«... y en consecuencia, el Tribunal Militar falla este juicio sumarísimo condenando a los dos procesados, Flora Alfina y Carlos Strabini, como autores de un delito de espionaje y traición a la pena de muerte, que deberá cumplirse a las siete de esta misma tarde.»

— Está bien — dijo Bonaparte, mientras ponía su firma al pie de la fatal sentencia. — Que los fusilen.

— ¡A los dos? — preguntó uno de los jefes, creyendo que tal vez el General concedería su clemencia a la muchacha.

— ¡A los dos!

Un correo llevó la sentencia firmada al tribunal, para que se tomaran inmediatamente las necesarias disposiciones a fin de que aquélla se cumpliera sin demora.

A las puertas de la prisión en donde Carlos y Flora aguardaban el terrible momento, una anciana, con el pecho transido de dolor, sollozaba amargamente. Era Rosalía Strabini, la pobre madre que veía acercarse la hora del cumplimiento de la fatal sentencia, sin tener siquiera el consuelo de poder despedirse de sus hijos.

Alguien se interesaba vivamente por la suerte de Flora Alfina. Era Pamela Igualdad, que no había dejado ni un momento de creer en la inocencia de su antigua amiga.

Decidida a hacer cuanto pudiera para salvar su vida, solicitó y obtuvo de su marido una autorización para poder visitar a Flora en el calabozo.

— Pasa, sargento Pamela — dijo el centinela al ver la autorización, — pero no te detengas mucho tiempo, porque se acerca la hora de la ejecución.

Cuando Flora reconoció bajo el marcial traje de Pamela a la graciosa modistilla con quien tanto habían bromeado años atrás en París, estalló en amargos sollozos.



¡Atención!

— Gracias, Pamela... gracias — murmuró. — Gracias por haber venido a consolarme en mis últimos momentos... Soy bien inocente, te lo juro, y una vez haya caído bajo las balas podrás sin temor irlo a preguntar a los cuatro vientos...

— Siempre lo creí así — contestó la muchacha. — Pero, dime: ¿por qué Carlos, en su declaración, no ha pronunciado una sola palabra en favor tuyo?

— ¡Porque desea mi muerte! Está enamorado de mí, y como sabe que yo no puedo ser suya, porque

mi corazón pertenece a Rolando de Reufize, prefiero que muramos ambos antes que yo sea del hombre a quien amo!

— ¿Y tú no has hecho constar todo eso ante los jueces militares?

— No... Me imponía tanto aquel tribunal, que ni fuerzas tuve para protestar de la acusación de que era objeto...

¡Pero esto no puede ser! ¡No es posible que tú mueras, siendo inocente!

Flora enjugó sus lágrimas.

Poco me importaría morir — dijo — si antes tuviera el consuelo de poderme despedir de Rolando...

— Está herido...

— ¿Herido?

— Sí. Le llevaron ahí al lado, al Hospital Militar, hace pocas horas... Alcanzóle un tiro disparado por uno de los pocos soldados austriacos que todavía intentan resistir extramuros de la ciudad... ¿Quieres verle?

— ¡Oh! — exclamó Flora, transfigurada ante la idea de poder abrazar al amado. — ¡Si eso fuese posible! Poco me importaría perder la vida!

Pamela tuvo una idea. Cogió de la mano a Flora, la condujo a un rincón desde donde no podían ser vistas por el centinela y dijo a su amiga:

— Quitate el vestido, ponte mis ropas, cuidando de calarte bien la visera sobre tu frente y vetel. El Hospital Militar está ahí al lado...

— ¡Oh! ¡Gracias! Pero... está tan próxima la hora de la ejecución... Y, además, es tan terrible la idea de la muerte, cuando se halla tan próxima la dicha, que temo ser cobarde...

— ¿Cobarde?

— Sí... ¿Si me sintiese cobarde y criminal, y no volviese?

— Flora — dijo entonces Pamela con voz firme. — Soy un soldado de la República, y un soldado no teme nunca a la muerte. ¡Márchate!

Así se hizo. Abrazáronse ambas mujeres y, momentos después, Flora, a quien los centinelas, tomándola por el sargento Pamela no habían opuesto ninguna dificultad para que saliese de la celda, entraba en el hospital y preguntaba en qué sala se encontraba Rolando de Reufize.

— Entra a la izquierda, sargento Pamela — díjole un guardián. — Es la tercera habitación después del pasillo.

La herida que Rolando sufría le había hecho perder el conocimiento. Cuando volvió en sí, halló junto a él a una mujer vestida de soldado a quien creyó reconocer en seguida.

— Muchas gracias, Pamela... — murmuró — por haberme venido a ver...

— ¡Si no soy Pamela! — exclamó Flora. — ¡Soy Flora! ¡Soy tu Flora! ¡Verdad que no nos separaremos ya más?

— ¡No! ¡Nunca!

Alargó los brazos el herido, y, en un estrecho abrazo, atrajo hacia él a Flora.

— ¡Los jueces han reconocido tu inocencia, verdad? ¡Bien lo creía yo, que no era posible que hubieses traicionado nuestra causa! ¡Ahora, como yo me pondré bien en seguida, porque al pensar en la felicidad que nos espera recobraré en seguida más ánimos perdidos, nos casaremos y en cuanto termine la campaña nos iremos a París! ¡Verdad, querida mía?

— Sí... sí... Rolando... ¡Rolando mío!

— ¡Flora, vida mía! ¡Amor mío!

En el reloj de la iglesia cercana dejáronse oír, lentas, las siete campanadas fatales. Un estremecimiento de horror contrajo el cuerpo de la joven.

— ¡Adiós, adiós! ¡Vengo en seguida! Pero tengo que marcharme. ¿sabes?...

Aún se detuvo unos instantes; incapaz de rechazar las caricias del hombre a quien tanto amaba... Después, corriendo como una loca, emprendió el camino de la prisión, con la débil esperanza de evitar todavía que la heroica Pamela fuese pasada por las armas.

Pero era tarde.

A las siete menos cinco minutos, la guardia de la cárcel había procedido a sacar de sus respectivos calabozos a los dos condenados. Cuando penetraron en la celda donde esperaban encontrar a Flora, hallaron a Pamela que, el cuerpo erguido, la frente alta, parecía quererles desafiar con su heroico gesto.

— ¡Matadme a mí, si queréis! — exclamó. — ¡He visto tantas veces la muerte a mi lado, que la idea de perecer no me asusta, pero que se salve la mujer a quien injustamente han condenado los jueces militares!

El asombro de los soldados, al oír aquellas palabras, fué extraordinario.

— ¡Pero si es el sargento Pamela! — gritaron a coro, mirándose unos a otros.

— Hay que avisar a Bonaparte en seguida! — observó uno de los más decididos.

— ¡Pues vamos allá!

Y, llevándose a Pamela casi a rastras, dirigiéronse todos en confuso tropel al palacio suntuoso, en donde había empezado ya la fiesta anunciada.

En un rincón de la cárcel, entre tanto, se había dispuesto todo para la ejecución.

— Mi capitán — dijo un soldado que acababa de llegar, corriendo precipitadamente. — ¡La prisionera se ha fugado!

— Bueno — repuso aquel hombre sin entrañas, que durante los días trágicos de 1793 se había distinguido por su crueldad en la persecución de nobles y clérigos. — Fusilaremos entretanto al hombre.

Carlos Strabini no mostró la menor emoción al oír aquellas palabras. Se dejó vendar los ojos y atar al poste, sin pronunciar siquiera una palabra. Dispúsose el pelotón a pocos pasos del reo y, a una señal del capitán, sonó la fatal descarga y el cuerpo de

Strabini se desplomó pesadamente. Tenía el cráneo destrozado.

Un grito de horror, un grito de angustia y de desesperación supremas rasgó al aire, cual agudo puñal, tras de la tapia.

— ¡Carlos! ¡Hijo mío! ¡Hijo de mi alma!

Era la pobre Rosalla que enferma, semimorbunda, había querido asistir, aunque de lejos, pues otra cosa no permitían las severas órdenes dictadas, a la ejecución de su hijo.



X

Bullían en fiestas los salones en donde lo más selecto y aristocrático de la sociedad de Milán se disputaba el honor de coímar de atenciones a los libertadores de la patria oprimida, cuando un soldado, acaloradísimo, se presentó ante la puerta de entrada.

— ¡El General! ¡El General! — gritó.

— ¿Qué ocurre? — preguntó uno de sus compañeros que formaba la guardia. — ¿Acaso te has vuelto loco?

— ¡No, no! ¡No me he vuelto loco! ¡Pero he de ver a Bonaparte!

— ¿Ocurre algo grave?

Gravisimo. He de verle precisamente a él. Mis compañeros vienen tras de mí.

— ¿Pero qué hay? ¿Ha ocurrido alguna sorpresa? ¿Vienen los austriacos tras de nosotros?

— Nada de eso, pero he de ver a Bonaparte.

Tanto insistió el soldado, que acabaron los centinelas por dejarle pasar. Subió de tres en tres los escalones que conducían al gran salón de fiestas y allí se repitió la escena, con la diferencia de que la resistencia que halló al intentar franquear el paso fué mucho más viva. Tal vez no consiguiera su intento si Napoleón en persona, hasta cuyos oídos llegó el eco de la discusión, no hubiese querido averiguar lo que pasaba.

— ¿Qué diablos es eso? — preguntó.

— Nada... es un soldado que se empeña en veros...

— ¡Pues qué pases! — ordenó breve y seco el General en Jefe de las tropas republicanas. — Cuando me busca, algo importante ha de decirme...

Los otros soldados, llevando prisionera a Pamela, habían llegado entretanto al palacio y querían penetrar en el salón.

— ¿Qué ocurre, muchachos? — preguntó Bonaparte.

— Ocorre... — dijo el primero — que aquella muchacha que había sido condenada a muerte por el Consejo de Guerra de esta tarde, se ha fugado de la cárcel.

— ¿Quién? ¿Flora Alfina?

— ¡La misma!

— ¡Que la busquen por todas partes!

No es eso sólo, mi General. Es que se ha fugado con la complicidad del sargento Pamela Igualdad.

— ¿Y dónde está Pamela Igualdad?



Ya sé que eres inocente, Flora... — murmuró Pamela abrazando a su antigua amiga

— Aquí, mi General! — siguió diciendo el soldado.

— ¿Cómo ha sido eso?

— Su marido le extendió una autorización para poder entrar en la celda a visitar a Flora Alfina, le dió su uniforme, se puso la ropa de ella, la prisionera pudo salir sin dificultad bajo su disfraz, y cuando fuimos a sacarla para llevarla al lugar de la ejecución, nos encontramos a Pamela que nos dijo:

— ¡Que os dijo que Flora Alfina era inocente y que prefería ser ejecutada en su lugar antes que con-

sentir tamaño error judicial! — gritó Pamela Igualdad acercándose a Bonaparte.

Uno de los jefes del Estado Mayor, altivo, frío, contempló al pelotón de soldados y dijo con tono severo:

— ¿Para qué venir a molestar al General en Jefe en este momento en que todo el mundo se desvive por obsequiarle hablándole de cosas que son de la incumbencia de los tribunales militares?

Napoleón, al oír aquellas palabras volvióse rojo de rabia.

— ¿De la incumbencia de los tribunales militares? — exclamó. — ¡Y de la mía!

La orquesta había dejado de tocar y todo el mundo se agrupaba en torno del grupo que formaba el pelotón de soldados, Pamela y el general Bonaparte.

— ¡Que venga un amanuense! — gritó *le petit caporal*.

Trasladáronse todos a una habitación en la que había una mesa de escritorio.

— Escribid — ordenó Napoleón.

Y, sin vacilar un momento, dictó:

«Se concede gracia de la pena de la muerte a Flora Alfina, la que quedará inmediatamente en libertad...»

Bonaparte hablaba en voz baja, pero sus palabras fueron repetidas de grupo en grupo y fueron bien pronto conocidas entre toda la concurrencia que, electrizada de entusiasmo ante el noble gesto del



Soló la fatal descarga y el cuerpo de Stradini se desplomó...

vencedor de Lodi, estalló en aplausos, hurras y vivas.

El amanuense entregó al General en Jefe de las tropas republicanas el documento, que Bonaparte firmó en seguida, entregándolo él mismo a los soldados.

— No os retiréis, os lo suplico — añadió. — Seguid escribiendo.

Todos se miraron los unos a los otros, como preguntándose qué iba a pasar. En los labios de Napoleón se dibujó una leve sonrisa, que fué aumentando gradualmente hasta terminar en franca carcajada.

«El sargento Pamela — continuó dictando — será degradado...»

Calló un momento, como preparando su efecto, y luego terminó el párrafo con estas palabras:

«Pero será ascendido a alférez en cuanto dé a la República el primer soldado.»

La multitud, al oír aquellas palabras, estrechó el cerco que había formado en torno del General y, precipitándose sobre él, le cogió paseándole en triunfo por el salón, mientras se repetían las manifestaciones de entusiasmo.

En la calle, las muchachas, ignorantes de lo que acababa de pasar, mostraban su alegría desbordante por la victoria fraternizando con los vencedores...

Era bien avanzada la noche.

En el hospital, Flora, libre por fin en virtud del indulto de Bonaparte, contemplaba con ternura infinita a Rolando que le estrechaba con frenesí sus manecitas delicadas entre las suyas de luchador.

— El Destino — decía — nos separó muchas veces y llegó a hacernos creer que nuestra felicidad era imposible. Pero él mismo ha querido, por fin, que volviéramos a encontrarnos, esta vez libres de toda pesadilla, para no separarnos más...

Y, en la semiobscuridad que reinaba en la estancia, pareció pasar una sombra trágica... El recuerdo



En las calles, las muchachas, ataviadas con sus más elegantes galas, fraternizaban con los vencedores...

imborrable de Carlos Strabini, del ajusticiado de hacía pocas horas, que había pagado con su vida la traición a sus ideales a que fuera impulsado por sus locos celos.

Flora y Rolando se confundieron en un estrecho abrazo, como si temieran volverse a separar. Hasta ellos, como lejano eco de la pasada lucha llegaban los cantos de victoria que el pueblo, agrupado ante el palacio en que Napoleón era agasajado, entonaba, reclamando la presencia del vencedor.

Bonaparte asomóse a la ventana, ante los ensordecedores vítores de la muchedumbre.

— ¡Pueblo de Italia! — exclamó. — La República Francesa y sus valientes soldados no cesarán en su labor de perseguir hasta las fronteras a los opresores de vuestra patria y a los opresores de toda libertad... Francia os traerá, con la independencia, las ideas democráticas y salvadoras que ha escrito en letras de sangre en el gran libro de la Revolución...

Calló un momento. Las músicas no cesaban sus notas... De todas las bocas, de todos los pechos, de todos los corazones, surgió un grito clamoroso, estentóreo:

— ¡Viva Francia! ¡Viva Italia!

Napoleón se descubrió, y al ver su gesto, se hizo un profundo silencio. Entonces, el General en Jefe de las tropas republicanas repitió:

— ¡Viva la República, una e indivisible!



BIBLIOTECA PERLA

Tomos publicados

LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.

JURAMENTO OLVIDADO, por Mary Kid y Michel Varkon.

LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Vall y Jaime O. Barrón.

AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.

¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por Eleanor Boardman.

CON LA MEJOR INTENCIÓN, por Constance Talmadge.

UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por Gladys Hulette.

SOMBRAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.

EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.

LA LEY SE IMPONE, por Artur Hall y Mimi Palmeri.

DESOLACIÓN, por George O'Brien.

SUBLIME BELLEZA, por Audrey Munson.

CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.

EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.

EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.

ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marian Davies.

NINICHE, por Ossí Oswald.

Precio de cada tomo

60 céntimos



BIBLIOTECA TRÉBOL

La colección cinematográfica más interesante y más barata :: Cada tomo va acompañado de una postal de un renombrado artista de la pantalla

TÍTULOS DE LOS TOMOS PUBLICADOS

- EL ÚLTIMO VARON SOBRE LA TIERRA, por Earle Foxe.
EL PODER DEL QUE ES HONRADO, por William Desmond.
VIVIR DE MILAGRO, por Bebe Daniels.
HOMBRES EN BRUTO, por Jack Hoxie.
EL TRIBUTO DEL MAR, por Anna May Wong.
ENAMORADA DEL AMOR, por M. de la Motte.
LA DAMA PINTADA, por G. O'Brien y D. Muckaill.
LA MARCA DE LA VANIDAD, por Billie Dove.
CON LA ESPADA AL CINTO, por Martha Masfield.
LAS HIJAS DE LA NOCHE, por Orville Caldwell.
EL TERCO, por Tom Mix y Doris May.
NUESTRAS ESPOSAS, por Dorothy Phillips.
IDILIO ACCIDENTADO, por Wanda Hawley.
POR LLEVAR LA CONTRARIA, por Charles Jones.
WING TOY, por Shirley Mason.
CASADO DE PASO, por Edmund Lowe.
EL TEMERARIO, por Reed Howes.

PRECIO: 25 CÉNTIMOS

THE NEW YORK

LIBRARY

THE NEW YORK

LIBRARY

THE NEW YORK

LIBRARY

THE NEW YORK

LIBRARY

THE NEW YORK

LIBRARY

THE NEW YORK

LIBRARY

THE NEW YORK

LIBRARY

THE NEW YORK

LIBRARY

THE NEW YORK

LIBRARY

DO-RE-MI

PUBLICACIÓN MUSICAL

Cada semana una obra de los mejores autores : Lujosa presentación
35 céntimos ejemplar : Precio de suscripción : 4 pesetas trimestre

ADMINISTRACIÓN : CALLE PARÍS, NUM. 204 : BARCELONA

Tomos PUBLICADOS

- | | |
|---|--|
| 1. PERROS RANCHERO, (Farcón) | 10. BOMBONES Y CARAMELOS, (Marcha
Prezón) |
| 2. ESCLAVA FIEL, (Java) | 11. OYE, MARIANO : ¿TE GUSTA EL
CHOTIN?, (Rebaca & Maltosa) |
| 3. FICARA MODISTILLA, (Pasodoble) | 12. CORTA, CORTA, (Pasodoble) |
| 4. PERDIFAME, (Tango) | 13. GOLONDRIÑA QUE NO VUELVE, |
| 5. POR UNA MADRE, (Pasodoble) | 14. EL MENSAJERO, (Ora-aleg) |
| 6. S. M. LA REVISTA, (Fox-trot) | 15. EL COCO, (Bamba) |
| 7. FUMANDO ESPERO, (Tango) | 16. SONRIS, (Fox-trot) |
| 8. EL PICO DE LA PACA, (Pasodoble-
marcha) | 17. El mil del "PLUS ULTRA", (M. E.) |
| 9. MI ÚLTIMO BESUEÑO, (Tango de
los campiones) | 18. EL PARQUEO CHILENO, (Corta) |



Fascículo de las portadas de esta colección
cuyo tamaño es de 32 x 24 1/2 cms.